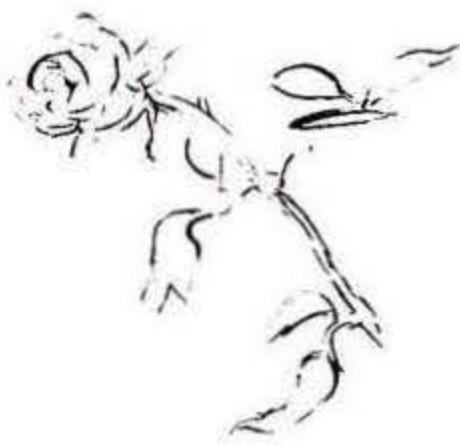


saciones en una extraña jerigonza emparentada con el español antiguo, pues está haciendo su tesis de grado sobre los clásicos castellanos, y habla en ella de los acontecimientos inmediatos logrando unas parrafadas de gran comicidad que contrastan a la perfección con el lenguaje estrecho que mencionábamos atrás. Es posible que *Su casa es mi casa* no sea una obra maestra, pero es una magnífica obra inicial y nos promete grandes acontecimientos por venir nacidos de la pluma de su autor.



Por otro lado, es importante decir aquí que el hecho de que una editorial del prestigio de Planeta se la juegue por los nuevos autores, en un país en donde casi siempre las grandes editoriales prefieren ir a la fija, es algo de aplaudirse. Claro que Planeta ha sido de las pocas editoriales que han corrido esos riesgos desde tiempo atrás, desde la época en que Mireya Fonseca y su equipo publicaron obras como las de Azriel Bibliowicz o de Felipe Agudelo, por ejemplo; pero hay que celebrar que esta casa editora haya vuelto por sus fueros. Sin embargo, voy a darles un jalón de orejas, ya que de ellos, más que del escritor, es la culpa de que haya pequeños errores gramaticales en este libro. Obviamente, hacer crítica no es hacer este tipo de correcciones, pero esos errorcitos dejan, no digamos un mal sabor, pero sí una sensación desagradable en la boca. Es como cuando uno está comiendo tranquilo y de repente le sale una piedrita en el arroz, haciendo que traqueen las muelas. Ya no se vuelve a comer con sosiego por el resto del plato. Es terrible. Y bueno, leyendo pasa un poco lo mismo: o con errores que no tienen que ver con la calidad literaria pero que entorpe-

cen la lectura, o con palabras bruscas —como terrón de sal— que estremecen el oído del más sordo. Va uno entusiasmado leyendo una prosa fresca, ágil, llena de giros divertidos, de gracia, de audacias y de pronto, ¡tráquete!, la piedrita de la que hablábamos. ¡No es posible! —dice uno—, pero, si antes utilizó frases similares y lo hizo bien, ¿aquí qué pasó? Fijáte, vé. Cómo te parece que en la página 67 dizque “habían” dos tomboos atendiendo yo no sé que cosas. Y en la página 167 nadie cayó en la cuenta de que faltaba el artículo *la* antes de que alguien “cayera en cuenta” de algo. Esto debe de obedecer a que el autor, según nos lo dice la solapa, estudió Comunicación Social. Ésa es, creo, una de las condiciones que tienen los comunicadores para obtener el título: con- jugar mal el verbo haber y omitir artículos y preposiciones. Ésa, y pronunciar “eccenario” en vez de escenario. Y si se esmeran, no sólo consiguen trabajo en la televisión, sino que pueden llegar a ser ministros. Pero no es tan grave; es feo, horrible, hay que señalarlo, ya que no hubo un ojo atento antes de que la obra entrara en los talleres, pero no es trascendente. Pudo no haber sido ni siquiera el autor sino algún corrector titulado, pero la gramática es una convención y, como todas las convenciones, puede transgredirse (si tiene sentido, ¡claro!), como César Vallejo cuando “le pegaban todos sin que él les haga nada”.

Coda

Vamos a suponer que Philip Marlowe, el personaje de Raymond Chandler, ha leído *Su casa es mi casa*, esta primera novela de Antonio García Ángel, y que lo ha citado a su despacho, una mugrienta oficina en los altos de una cigarrería en la avenida Jiménez de Bogotá. La luz de un amanecer lluvioso se filtra a través de las líneas horizontales de las persianas descompuestas; el viejo Marlowe está en mangas de camisa, reclinado en una silla giratoria y con los pies estirados puestos sobre un aparatoso escritorio en el que hay una vieja

Remington. El aire está enrarecido por los muchos cigarrillos consumidos durante la noche. Al llegar nuestro hombre, Marlowe saluda entre dientes, abre una gaveta del escritorio, saca un par de vasos y una botella de *whisky* barato y sirve dos tragos. Enciende un cigarrillo, lanza una bocanada de humo. Con los ojos inyectados mira al muchacho y le dice, mientras arroja el pequeño ejemplar sobre la superficie polvorienta del escritorio: “Vas por buen camino; estás perdido, nene”.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

Uno esperaría un poco menos de ingenuidad narrativa

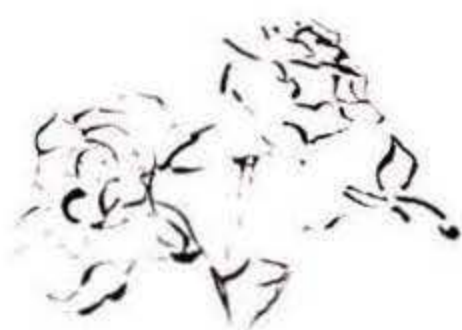
Los caminos del corazón

Jorge Alberto Naranjo
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 1999, 179 págs.

La editorial de la Universidad de Antioquia, en una actitud que merece ser aplaudida, ha emprendido la publicación de una colección de libros de narrativa de algunos escritores colombianos. El segundo de los títulos de esta bonita colección corresponde a *Los caminos del corazón* de Jorge Alberto Naranjo. Es una novela que está dividida en tres cuentos, y donde cada uno de ellos puede funcionar independientemente, aun cuando los tres conforman una única narración: vale decir que el lector reconoce personajes y situaciones en cada uno de los otros relatos que complementan la historia. El primero de estos relatos se llama *Margarita González*, el segundo *El ángel caído* y el tercero *Las andanzas de Amador Flauta*. En un total de 179 páginas, esta novela nos cuenta las aventuras amorosas de un profesor universitario que, dentro de las

muchas cosas establecidas que pretendió cambiar, y que en efecto modificó, toda una generación que podríamos definir como *hijos de mayo del 68 francés*, quiso también cambiar las formas de amar y las relaciones entre las parejas, desobedeciendo a los rígidos patrones legados por la tradición judeocristiana.

En el primer relato, escrito en primera persona, este profesor universitario, casado y con un hijo de un primer matrimonio, se enamora de una bella estudiante de cuyo jurado de tesis forma él parte. El amorío se queda en eso: un amorío. Al final no pasa nada, y ella, después de presentar su tesis, anuncia que se va del país. De todas maneras este enamoramiento produce, como es obvio, un gran sufrimiento en los tres implicados: él, su esposa y Margarita González. El relato termina con una bella alegoría de tres aves blancas volando sobre un cielo de atardecer que tiene a Medellín por telón de fondo.



En el segundo relato, *El ángel caído*, escrito en tercera persona, el profesor universitario se lamenta de la ausencia de la muchacha del primer relato, tiene un hijo con su esposa, se enamora de otra muchacha, Mariana, con la que acaba teniendo una hija, con todos los conflictos y desgarramientos que suelen acarrear los desafíos de estos triángulos amorosos para quienes, de todas maneras, estamos inscritos en una cultura para la cual la culpa tiene guardados sutiles e implacables mecanismos, salvo, claro está, que seamos capaces de actuar con total inocencia, o con el convencional cinismo.

En el tercer relato, *Las andanzas de Amador Flauta*, se nos revela el inverosímil nombre del profesor universitario, y continúan los enredos amorosos, saturados de sufrimiento, en donde la esposa del pri-

mero y el segundo relato queda embarazada por segunda vez mientras el profesor Flauta se debate en medio de las encrucijadas de su corazón. Busca a Mariana y a su hija, deja a su esposa deshecha por la incertidumbre, y ella acaba por separarse definitivamente de él y encuentra un nuevo compañero. Esta novela, que ha sido morosamente contada, culmina de manera un tanto apresurada, como si el narrador se hubiera cansado de la historia, dando unos saltos insospechados en el tiempo, para dejarnos con el poco convincente final de una pareja que envejece junta, no sabemos si en la dicha, aunque el narrador nos lo afirme, o en la resignación.

Jorge Alberto Naranjo es lo más parecido que podemos encontrar en estos tiempos y en estas tierras a un hombre del Renacimiento: escribe sobre física, sobre filosofía, sobre artes plásticas, sobre música; opina sobre política, historia, sociología; hace novela, cuento, poesía. Es, y no lo digo en sentido peyorativo, un intelectual, lo cual es bastante notorio en la multitud de citas y de referencias que en el texto hace de diversos autores, y en especial de los de la literatura clásica, no con ostentación, pero sí con poca eficacia. Uno entiende que don Luis de Góngora sea culterano por asuntos de época, aunque no deja de volverse aparatoso por momentos, y acepta que haya referencias a mitos griegos en obras contemporáneas y que haya obras alegóricas, cómo no, pero tanta Afrodita cogiendo buseta en las calles de Medellín francamente agrega poco a la historia y aún menos a la pobre muchacha. ¿Por qué no dejar que la muchacha sea bella siendo apenas la muchacha sin tanta abrumadora carga helénica? El narrador tiene, si se quiere, el deber de trampear y de reírse socarronamente de nosotros trazando paralelos entre su personaje y las andanzas de una deidad, pero llamar con insistente frecuencia Palas Atenea, por ejemplo, a una airosa muchacha de bluyin, tenis y mochila acaba por dejarla mal parada en un empalagoso limbo de inexistencia.

Como se sabe, una cosa es un intelectual y otra un artista. El primero es alguien que sabe, que estudia, que investiga, que conoce, que deduce, gracias a unos procedimientos que le da la razón, o la *inteligencia*, como quiera llamársele; el segundo es alguien que puede no desconocer lo anterior, pero que básicamente intuye. Son dos temperamentos diferentes que a veces, y sólo a veces, se dan de forma paralela. No quiero justificar cierta irresponsabilidad en la que suelen ampararse a menudo algunos artistas para defender sus carencias, pero tampoco basta con saberlo todo —o *casi todo*, como el profesor Bustillo—, para merecer el esquivo don del arte.

El profesor Danilo Cruz Vélez es autor de unos lúcidos ensayos que en más de una ocasión no están exentos de aliento poético, pero podría apostar mi mejor camisa a que el profesor Cruz Vélez jamás, jamás, podría escribir un poema bello. Su estructura mental, su temperamento, son otros; son los del intelectual riguroso que se expresa a través de las ideas y para quien el ensayo es su género natural. Raúl Gómez Jattin nunca escribió un ensayo, y podría apostar otra camisa a que nunca lo habría escrito. Su temperamento era otro: fogoso, apasionado, sentimental en ocasiones; era el temperamento de un poeta, de un artista. Escribió más de un poema que nos cimbra y nos deja con una emocionada sensación de inquietud, que nos deja con ese “no se qué que quedan balbuciendo”, al decir de san Juan de la Cruz. Su forma de expresarse era el poema dirigido a los sentidos, hecho en el rigor de las palabras, pues, como ya nos lo dijo Paul Valéry, los poemas se hacen con palabras, no con ideas.

Los caminos del corazón (acaso lejanamente emparentada con una novela que hace años no se reimprime, *La infancia legendaria de Ramiro Cruz* de Mario Arrubla), es una novela sincera escrita por un hombre sincero —y en este caso es importante la sinceridad del autor, pues la novela tiene mucho de autobiografía—, en la que hay momen-

tos afortunados. Uno esperaría un poco menos de ingenuidad narrativa, y que el temperamento de artista que hay en Jorge Alberto Naranjo se pusiera en equilibrio con su temperamento de intelectual, para que, de la manera paralela que decíamos atrás, nos entregara algún día una obra de arte inobjetable, para cuya celebración, habremos de tener, sin duda, el corazón dispuesto.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

El ensayista y su deuda

El ensayo. Entre la aventura y el orden
Jaime Alberto Vélez
Taurus, Bogotá, 2000, 107 págs.

El ensayo parece un género huérfano de crítica en Colombia. Salvo el artículo del propio Vélez en *El Malpensante* (núm. 2) y los prólogos a las antologías de ensayo colombiano elaboradas por Juan Gustavo Cobo Borda, en asocio con Jorge Eliécer Ruiz, en 1976, y la de Óscar Torres publicada por la Imprenta Nacional en 1997, poco se ha reflexionado recientemente sobre el asunto. Desde un punto de vista pedagógico —cómo enseñar a escribirlos— lo ha intentado bajo una visión preceptiva, hoy anacrónica, Fernando Vásquez (*Oficio de maestro*, 2000).

Probablemente la gente tenga claro qué es y cómo se hace —en lo básico— un cuento o un poema. Pero un ensayo parece ser otra cosa. Pensar en escribirlos ya ocasiona un dolor de cabeza. Tiene que ver con ello que los hábitos de escritura en el medio colombiano —sobre todo en la escuela primaria y secundaria— tienden a valorar el texto narrativo, la anécdota, la creación de historias, pero no el pensamiento, la argumentación. Y el problema no es de definiciones. Los manuales al uso los traen en cantidad y sólo difieren

en si el ensayo es un género objetivo o subjetivo, su extensión frente al tratado o la tesis, su estructura (hipótesis-tesis-síntesis), sus representantes más destacados. Pero la angustia persiste. Ya volveremos sobre esto.



Dividido en cinco partes, este librito de Jaime Alberto Vélez es una fatigosa disertación personal —excesivamente personal— sobre el ensayo. El primer capítulo es un homenaje a Montaigne, el creador del género. Es tedioso. No hay confrontación o actualización sino permanente halago. Vélez pasa por alto, olímpicamente, las investigaciones sobre Montaigne —en particular la monumental de Hugo Friedrich (*Montaigne*, 1949)— y cae en los lugares comunes (“su método residía en el asombro y la curiosidad, no en la verificación positivista”). Las imprecisiones conceptuales son reiteradas. Vélez dice, por citar un solo caso: “A pesar de que Montaigne se mostraba interesado en la ciencia y en la interpretación del comportamiento humano, su búsqueda se dirigía más a lo excepcional y a lo único que a la norma general”. Pero si leemos con atención el mencionado libro de Friedrich, veremos que lo que Vélez llama “excepcional y único”, en verdad es una forma de humanismo epicúreo. Afirma Friedrich: “Podemos calificar los *Ensayos* de pieza maestra de la ciencia moral moderna”. Los desconocimientos del contexto histórico o ideológico siempre se pagan con imprecisiones y vaguedades.

Luego le interesa seguir la huella que dejó el escritor francés en Europa. Encuentra su herencia asentada, principalmente, en Inglaterra. Cómo se dio esta mediación histórico-socialmente no queda claro, pero digamos en favor de enriquecer la discusión que fue el periodo isabelino (1558-1603), con todas sus tormentas políticas y con el fortalecimiento del protestantismo, el que permitió luego surgir un ambiente propicio para la libre circulación de las ideas. El ensayo necesita de las ideas como el cuento de las historias o la poesía de las imágenes.

Es evidente que a Vélez le gustan los ensayistas ingleses (Dryden, Johnson, Coleridge, Lamb, De Quincey, Orwell) y quiere hacernos compartir su pasión, pero no lo logra. Tiende a ser mimético y a no darle opciones al lector de compartir su experiencia con algún tipo de realidad cercana que lo toque. No es lo mismo hablar del apogeo de la época isabelina durante el siglo XVI que de una Colombia degradada por la violencia a la que es necesario pensar en conceptos. El ensayo —visto a través de los ojos de Vélez— es algo así como un dinosaurio al que no hay que tocar sino admirar.

Vélez nos narra un vaivén de anécdotas sobre las vicisitudes del ensayo y de los ensayistas, pero es evidente que no hay articulación orgánica del discurso y se pierde en glosas. Un ejemplo de ello es la mención a Voltaire. Lo resalta como ensayista —su *Diccionario filosófico* (1764)—, lo que es cuestionable, y nos lo presenta como el primer gran intelectual moderno (por qué o en oposición a qué, no lo dice). Qué tiene que ver esto con lo que decía más arriba (venía hablando de las virtudes de Montaigne) no queda claro y lo que viene luego, menos (las pretensiones enciclopédicas del autor de los *Ensayos*). Da la impresión de que quiere decir varias cosas al mismo tiempo, pero esta estrategia discursiva exige un manejo estilístico y estructural de cuidado —so riesgo de aparecer desordenado e incoherente— y Vélez fracasa en el intento.